
Teatro Breve

Federico García Lorca

textos.info

Biblioteca digital abierta

Texto núm. 3907

Título: Teatro Breve

Autor: Federico García Lorca

Etiquetas: Teatro, teatro breve

Editor: usuario no registrado

Fecha de creación: 12 de septiembre de 2018

Fecha de modificación: 12 de septiembre de 2018

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Quimera

Personajes

ENRIQUE.

MUJER.

VIEJO.

NIÑA.

Voces.

Quimera

Puerta.

ENRIQUE.— Adiós.

SEIS VOCES.— (*Dentro.*) Adiós.

ENRIQUE.— Estaré mucho tiempo en la sierra.

VOZ.— Una ardilla.

ENRIQUE.— Sí, una ardilla para ti y además cinco pájaros que no los haya tenido antes ningún niño.

VOZ.— No, yo quiero un lagarto.

VOZ.— Y yo un topo.

ENRIQUE.— Sois muy distintos, hijos. Cumpliré los encargos de todos.

VIEJO.— Muy distintos.

ENRIQUE.— ¿Qué dices?

VIEJO.— ¿Te puedo llevar las maletas?

ENRIQUE.— No.

(Se oyen risas de niños.)

VIEJO.— ¿Son hijos tuyos?

ENRIQUE.— Los seis.

VIEJO.— Yo conozco hace mucho tiempo a la madre de ellos, a tu mujer.

Estuve de cochero en su casa; pero si te confieso la verdad, ahora estoy mejor de mendigo. Los caballos, ¡jajajá! Nadie sabe el miedo que a mí me dan los caballos. Caiga un rayo sobre todos sus ojos. Guiar un coche es muy difícil. ¡Oh! Es difícilísimo. Si no tienes miedo, no te enteras, y si te enteras, no tienes miedo. ¡Malditos sean los caballos!

ENRIQUE.— (*Cogiendo las maletas.*) Déjame.

VIEJO.— No, no. Yo, por unas monedillas, las más pequeñas que tengas, te las llevo. Tu mujer te lo agradecerá. Ella no tenía miedo a los caballos. Ella es feliz.

ENRIQUE.— Vamos pronto. A las seis he de tomar el tren.

VIEJO.— ¡Ah, el tren! Eso es otra cosa. El tren es una tontería. Aunque viviera cien años yo no tendría miedo al tren. El tren no está vivo. Pasa y ha pasado... Pero los caballos... Mira.

MUJER.— (*En la ventana.*) Enrique mío. Enrique. No dejes de escribirme. No me olvides.

VIEJO.— ¡Ah, la muchacha! (*Ríe.*) ¿Te acuerdas cómo saltaba la tapia, cómo se subía a los árboles sólo por verte?

MUJER.— Lo recordaré hasta que me muera.

ENRIQUE.— Yo también.

MUJER.— Te espero. Adiós.

ENRIQUE.— Adiós.

VIEJO.— No te aflijas. Es tu mujer y te ama. Tú la amas a ella. No te aflijas.

ENRIQUE.— Es verdad, pero me pesa esta ausencia.

VIEJO.— Peor es otra cosa. Peor es que todo ande y que el río suene. Peor es que haya un ciclón.

ENRIQUE.— No tengo ganas de bromas. Siempre estás así.

VIEJO.— Jajajá. Todo el mundo, y tú el primero, cree que lo importante de

un ciclón son los destrozos que produce, y yo creo todo lo contrario. Lo importante de un ciclón...

ENRIQUE.— (*Irritándose.*) Vamos. Van a dar las seis de un momento a otro.

VIEJO.— ¿Pues, y el mar?... En el mar...

ENRIQUE.— (*Furioso.*) Vamos, he dicho.

VIEJO.— ¿No se olvida nada?

ENRIQUE.— Todo lo dejo perfectamente organizado. Y además, a ti qué te importa. Lo peor del mundo es un criado viejo, un mendigo.

VOZ 1ª.— Papá.

VOZ 2ª.— Papá.

VOZ 3ª.— Papá.

VOZ 4ª.— Papá.

VOZ 5ª.— Papá.

VOZ 6ª.— Papá.

VIEJO.— Tus hijos.

ENRIQUE.— Mis hijos.

NIÑA.— (*En la puerta.*) Yo no quiero la ardilla. Si me traes la ardilla, no te querré. No me traigas la ardilla. No la quiero.

VOZ.— Ni yo el lagarto.

VOZ.— Ni yo el topo.

NIÑA.— Queremos que nos traigas una colección de minerales.

VOZ.— No, no, yo quiero mi topo.

VOZ.— No, el topo es para mí...

(*Riñen.*)

NIÑA.— (*Entrando.*) Pues ahora el topo va a ser para mí.

ENRIQUE.— ¡Basta! ¡Quedaréis contentos!

VIEJO.— Dijiste que eran muy distintos.

ENRIQUE.— Sí. Muy distintos. Afortunadamente.

VIEJO.— ¿Cómo?

ENRIQUE.— (*Fuerte.*) Afortunadamente.

VIEJO.— (*Triste.*) Afortunadamente.

(*Salen.*)

MUJER.— (*En la ventana.*) Adiós.

VOZ.— Adiós.

MUJER.— Vuelve pronto.

VOZ.— (*Lejana.*) Pronto.

MUJER.— Se abrigará bien por la noche. Lleva cuatro mantas. Yo en cambio estaré sola en la cama. Tendré frío. Él tiene ojos maravillosos; pero lo que yo amo es su fuerza. (*Se desnuda.*) Me duele un poco la espalda. ¡Ah! ¡Si me pudiera despreciar! Yo quiero que él me desprecie... y me ame. Yo quiero huir y que me alcance. Yo quiero que me quemé... que me quemé. (*Alto.*) Adiós, adiós... Enrique. Enrique... Te amo. Te veo pequeño. Saltas por las piedras. Pequeño. Ahora te podría tragar como si fueras un botón. Te podría tragar, Enrique...

NIÑA.— Mamá.

MUJER.— No salgas. Se ha levantado un viento frío. ¡He dicho que no! (*Entra.*)

(*La luz huye de la escena.*)

NIÑA.—

(*Rápida.*) ¡Papáaa! ¡Papáaa! Que me traigas la ardilla. Que yo no quiero los minerales. Los minerales me romperán las uñas. Papáaa.

NIÑO.— (*En la puerta.*) No-te-o-ye. No-te-o-ye. No-te-o-ye.

NIÑA.— Papá, que yo quiero la ardilla. (*Rompiendo a llorar.*) ¡Dios mío!
¡Yo quiero la ardilla!

La doncella, el marinero y el estudiante

Personajes

LA DONCELLA.

UNA VIEJA.

EL MARINERO.

EL ESTUDIANTE.

LA MADRE.

La doncella, el marinero y el estudiante

Balcón.

VIEJA.— (*En la calle.*) Caracoleeees. Se guisan con hierbabuena, azafrán y hojas de laurel.

DONCELLA.— Caracolitos del campo. Parecen amontonados en la cesta una antigua ciudad de la China.

VIEJA.— Esta vieja los vende. Son grandes y oscuros. Cuatro de ellos pueden con una culebra. ¡Qué caracoles! Dios mío, ¡qué caracoles!

DONCELLA.— Déjame que borde. Mis almohadas no tienen iniciales y esto me da mucho miedo... Porque, ¿qué muchachilla en el mundo no tiene marcada su ropa?

VIEJA.— ¿Cómo es tu gracia?

DONCELLA.— Yo bordo en mis ropas todo el alfabeto.

VIEJA.— ¿Para qué?

DONCELLA.— Para que el hombre que esté conmigo me llame de la manera que guste.

VIEJA.— (*Triste.*) Entonces eres una sinvergüenza.

DONCELLA.— (*Bajando los ojos.*) Sí.

VIEJA.— ¿Te llamarás María, Rosa, Trinidad? ¿Segismunda?

DONCELLA.— Y más, y más.

VIEJA.— ¿Eustaquia? ¿Dorotea? ¿Jenara?

DONCELLA.—

Y más, más, más...

(La DONCELLA eleva las palmas de sus manos palidecidas por el insomnio de las sedas y los marcadores. La VIEJA huye arrimada a la pared, hacia su Siberia de trapos oscuros, donde agoniza la cesta llena de mendrugos de pan.)

DONCELLA.— A, B, C, D, E, F, G, H, I, J, K, L, M, N. Ya está bien. Voy a cerrar el balcón. Detrás de los cristales seguiré bordando.

(Pausa.)

LA MADRE.— *(Dentro.)* Hija, hija, ¿estás llorando?

DONCELLA.— No. Es que empieza a llover.

(Una canoa automóvil llena de banderas azules cruza la bahía dejando atrás su canto tartamudo. La lluvia pone a la ciudad un birrete de doctor en Letras. En las tabernas del puerto comienza el gran carrusel de los marineros borrachos.)

DONCELLA.—

(Cantando.)

A, B, C, D.

¿Con qué letra me quedaré?

Marinero empieza con M,

y Estudiante empieza con E,

A, B, C, D.

MARINERO.— *(Entrando.)* Yo.

DONCELLA.— Tú.

MARINERO.— *(Triste.)* Poca cosa es un barco.

DONCELLA.— Le pondré banderas y dulces.

MARINERO.— Si el capitán quiere.

(Pausa.)

DONCELLA.— *(Afligida.)* ¡Poca cosa es un barco!

MARINERO.— Lo llenaré de puntillas bordadas.

DONCELLA.— Si mi madre me deja.

MARINERO.— Ponte de pie.

DONCELLA.— ¿Para qué?

MARINERO.— Para verte.

DONCELLA.— (*Se levanta.*) Ya estoy.

MARINERO.— ¡Qué hermosos muslos tienes!

DONCELLA.— De niña monté en bicicleta.

MARINERO.— Yo en un delfín.

DONCELLA.— También eres hermoso.

MARINERO.— Cuando estoy desnudo.

DONCELLA.— ¿Qué sabes hacer?

MARINERO.— Remar.

(*El MARINERO toca el acordeón polvoriento y cansado como un siglo XVII.*
)

ESTUDIANTE.— (*Entrando.*) Va demasiado de prisa.

DONCELLA.— ¿Quién va de prisa?

ESTUDIANTE.— El siglo.

DONCELLA.— Estás azorado.

ESTUDIANTE.— Es que huyo.

DONCELLA.— ¿De quién?

ESTUDIANTE.— Del año que viene.

DONCELLA.—

¿No has visto mi cara?

ESTUDIANTE.— Por eso me paro.

DONCELLA.— No eres moreno.

ESTUDIANTE.— Es que vivo de noche.

DONCELLA.— ¿Qué quieres?

ESTUDIANTE.— Dame agua.

DONCELLA.— No tenemos aljibe.

ESTUDIANTE.— ¡Pues yo me muero de sed!

DONCELLA.— Te daré leche de mis senos.

ESTUDIANTE.— (*Encendido.*) Endulza mi boca.

DONCELLA.— Pero soy doncella.

ESTUDIANTE.— Si me echas una escala, viviré esta noche contigo.

DONCELLA.— Eres blanco y estarás muy frío.

ESTUDIANTE.— Tengo mucha fuerza en los brazos.

DONCELLA.— Yo te dejaría si mi madre quisiera.

ESTUDIANTE.— Anda.

DONCELLA.— No.

ESTUDIANTE.— ¿Y por qué no?

DONCELLA.— Pues porque no...

ESTUDIANTE.— Anda...

DONCELLA.— No.

(Alrededor de la luna gira una rueda de bergantines oscuros. Tres sirenas chapoteando en las olas engañan a los carabineros del acantilado. La DONCELLA en su balcón piensa dar un salto desde la letra Z y lanzarse al abismo. EMILIO PRADOS y MANOLITO ALTOLAGUIRRE, enharinados por el miedo del mar, la quitan suavemente de la baranda.)

El paseo de Buster Keaton

Personajes

BUSTER KEATON.

EL GALLO.

EL BÚHO.

UN NEGRO.

UNA AMERICANA.

UNA JOVEN.

El paseo de Buster Keaton

GALLO.— Quiquiriquí.

(Sale BUSTER KEATON con sus cuatro hijos de la mano.)

BUSTER KEATON.— *(Saca un puñal de madera y los mata.)* Pobres hijitos míos.

GALLO.— Quiquiriquí.

BUSTER KEATON.— *(Contando los cuerpos en tierra.)* Uno, dos, tres y cuatro. *(Coge una bicicleta y se va.)*

(Entre las viejas llantas de goma y bidones de gasolina, un NEGRO come su sombrero de paja.)

BUSTER KEATON.— ¡Qué hermosa tarde!

(Un loro revolotea en el cielo neutro.)

BUSTER KEATON.— Da gusto pasearse en bicicleta.

EL BÚHO.— Chirri, chirri, chirri, chi.

BUSTER KEATON.— ¡Qué bien cantan los pajarillos!

EL BÚHO.— Chirrrrrrrrrrrrr.

BUSTER KEATON.— Es emocionante.

(Pausa. BUSTER KEATON cruza inefable los juncos y el campillo de centeno. El paisaje se achica entre las ruedas de la máquina. La bicicleta tiene una sola dimensión. Puede entrar en los libros y tenderse en el horno del pan. La bicicleta de BUSTER KEATON no tiene el sillón de caramelo y los pedales de azúcar, como quisieran los hombres malos. Es una bicicleta como todas, pero la única empapada de inocencia. Adán y Eva correrían asustados si vieran un vaso lleno de agua, y acariciarían, en cambio, la

bicicleta de KEATON.)

BUSTER KEATON.— ¡Ay amor, amor!

(BUSTER KEATON cae al suelo. La bicicleta se le escapa. Corre detrás de dos grandes mariposas grises. Va como loco, a medio milímetro del suelo.)

BUSTER KEATON.— *(Levantándose.)* No quiero decir nada. ¿Qué voy a decir?

UNA VOZ.— Tonto.

(Sigue andando. Sus ojos, infinitos y tristes como los de una bestia recién nacida, sueñan lirios, ángeles y cinturones de seda. Sus ojos, que son de culo de vaso. Sus ojos de niño tonto. Que son feísimos. Que son bellísimos. Sus ojos de avestruz. Sus ojos humanos en el equilibrio seguro de la melancolía. A lo lejos se ve Filadelfia. Los habitantes de esta urbe ya saben que el viejo poema de la máquina Singer puede circular entre las grandes rosas de los invernaderos, aunque no podrán comprender nunca qué sutilísima diferencia poética existe entre una taza de té caliente y otra taza de té frío. A lo lejos brilla Filadelfia.)

BUSTER KEATON.— Esto es un jardín.

(Una AMERICANA con los ojos de celuloide viene por la hierba.)

AMERICANA.— Buenas tardes.

(BUSTER KEATON sonrío y mira en gros plan los zapatos de la dama. ¡Oh, qué zapatos! No debemos admitir esos zapatos. Se necesitan las pieles de tres cocodrilos para hacerlos.)

BUSTER KEATON.— Yo quisiera...

AMERICANA.— ¿Tiene usted una espada adornada con hojas de mirto?

(BUSTER KEATON se encoge de hombros y levanta el pie derecho.)

AMERICANA.— ¿Tiene usted un anillo con la piedra envenenada?

(BUSTER KEATON cierra lentamente los ojos y levanta el pie izquierdo.)

AMERICANA.— ¿Pues entonces?

(Cuatro serafines con las alas de gasa celeste bailan entre las flores. Las señoritas de la ciudad tocan el piano como si montaran en bicicleta. El vals, la luna y las canoas estremecen el precioso corazón de nuestro amigo. Con gran sorpresa de todos, el otoño ha invadido el jardín, como el agua al geométrico terrón de azúcar.)

BUSTER KEATON.— *(Suspirando.)* Quisiera ser un cisne. Pero no puedo aunque quisiera. Porque ¿dónde dejaría mi sombrero? ¿Dónde mi cuello de pajarita y mi corbata de moaré? ¡Qué desgracia!

(Una JOVEN, cintura de avispa y alto cucuné, viene montada en bicicleta. Tiene cabeza de ruiseñor.)

JOVEN.— ¿A quién tengo el honor de saludar?

BUSTER KEATON.— *(Con una reverencia.)* A Buster Keaton.

(La JOVEN se desmaya y cae de la bicicleta. Sus piernas a listas tiemblan en el césped como dos cebras agonizantes. Un gramófono decía en mil espectáculos a la vez: «En América no hay ruiseñores».)

BUSTER KEATON.— *(Arrodillándose.)* Señorita Eleonora, ¡perdóneme, que yo no he sido! ¡Señorita! *(Bajo.)* ¡Señorita! *(Más bajo.)* ¡Señorita! *(La besa.)*

(En el horizonte de Filadelfia luce la estrella rutilante de los policías.)

Federico García Lorca



Federico García Lorca (Fuente Vaqueros, Granada, 5 de junio de 1898 - camino de Víznar a Alfacar, Granada, 18 de agosto de 1936) fue un poeta, dramaturgo y prosista español, también conocido por su destreza en muchas otras artes. Adscrito a la llamada Generación del 27, fue el poeta de mayor influencia y popularidad de la literatura española del siglo xx. Como dramaturgo se le considera una de las cimas del teatro español del siglo xx, junto con Valle-Inclán y Buero Vallejo. Murió fusilado tras el golpe de Estado que dio origen a la Guerra Civil Española solo un mes después

de iniciada esta.

El universo lorquiano se define por un palpable sistematismo: la poesía, el drama y la prosa se alimentan de obsesiones —amor, deseo, esterilidad— y de claves estilísticas constantes. La variedad de formas y tonalidades nunca atenta contra esa unidad cuya cuestión central es la frustración.